

LA JUSTICIA Y LA SOLIDARIDAD, CAMINOS PARA LA PAZ¹

Cuando uno se pone a hablar de la justicia, la solidaridad y la paz lo primero que tiene que reconocer es que el funcionamiento de la sociedad actual es extremadamente complejo y que las relaciones existentes entre esas tres realidades son intrincadas. Ya pasó el tiempo en el que Superman, o el Sheriff justiciero del típico pueblo del Oeste con la estrella de la ley colocada en el pecho, resolvían las situaciones conflictivas, instauraban la justicia y, provocando la conversión del bandido o su paso a la cárcel, volvían a poner las cosas en su sitio y todo recuperaba su orden normal y pacífico.

Hoy las cosas no son así y si esta misma tarde entras en la Red, te vas al buscador más famoso y más rápido y tecleas "*justicia y solidaridad*" saldrán aproximadamente unas 29000 entradas referidas a gran variedad de temas que abarcan una parte muy importante de la situación social actual. Algunas bastante alejadas del contexto vital en el que se desenvuelve la gran mayoría de la gente, como pueden ser las relaciones internacionales, la venta de armas, el 0'7 % del PIB destinado al desarrollo, etc.; y otras mucho más próximas que afectan de modos diferentes. Por ejemplo, el empleo temporal, las campañas contra el hambre en el mundo, la emigración, las relaciones entre las autonomías españolas, el comercio justo, la discriminación de la mujer, la violencia doméstica, el consumo...

No hace falta perder mucho tiempo comprobándolo, pero nunca se ha hablado tanto de justicia, de solidaridad, de paz, de derechos humanos, de libertad... como en los tiempos presentes. Y también es verdad que nunca se han burlado tanto. Algunos estudiosos del tema dicen que éste en un periodo de crisis de la sociedad universal que sobrevendrá a un cambio de civilización. La esquizofrenia entre lo que se dice y lo que se hace es uno de los síntomas de la crisis en el modelo de desarrollo actual.

Es el momento de dar datos que muestren cómo andan las cosas: los millones de seres humanos que han muerto en las guerras del último siglo, los millones de personas que han traspasado el umbral de la pobreza y se han instalado en la miseria, viviendo con un paz de dólares al día, -por cierto un reciente informe de Cáritas Española alerta, una vez más, de los millones de personas que viven en el límite de la pobreza en este estado de bienestar- los cientos de miles de niños que mueren cada día de inanición o que quedan huérfanos del Sida, etc. También es la oportunidad de hacer tablas y gráficos que muestren la progresiva separación entre los ricos y los pobres, lo que gasta y gana un rico y lo que hace un pobre, el dinero que nos gastamos en lotería y juguetes cada Navidad... pero no lo vamos a hacer. No porque no nos provoque un profundo malestar, sino porque tanto repetir cifras puede acarreararnos insensibilidad. Además, las cifras cambian y enseguida se quedarían desfasadas, siendo que se encuentran actualizadas con facilidad.

¹ FAE, Colección creer y crecer, 18.

Se dice que la situación es compleja porque no tiene fácil solución, porque el modo de entrelazarse esas realidades no está exento de intereses ocultos y poco claros. Por ejemplo, una de las últimas acciones bélicas se denominó "*Justicia infinita*" que queriendo eliminar el terrorismo internacional –que ni la ONU ni las naciones europeas se han puesto de acuerdo para definirlo–, más parece que lo ha espoleado. Por lo demás usar el criterio de la guerra justa – surgido cuando las guerras se hacían en medio del campo abierto y no había tantos riesgos de '*efectos colaterales*'– con las condiciones actuales no parece ser lo más acertado y es posible que sea necesario replanteárselo de otro modo y matizarlo muy mucho... En fin, sin analizar mas profundamente esos hechos, relativamente recientes, por falta de datos, sí creemos que la expresión "*la violencia genera violencia*", o el refrán "*quien siembra vientos recoge tempestades*" están haciendo referencia a una realidad general que es cierta, y nos permite decir que el terrorismo extremista encuentra caldo de cultivo en la falta de esperanza de las personas, y que la falta de educación, sobretodo de la mujer que influye más en los hijos que el padre, es otra de las causas del fanatismo y fundamentalismo. Un grafitti en una pared lo decía sin dudar: *fábrica de idiotas = escuela de odio*. También creemos que los problemas de la inmigración y de la integración de las sociedades parten de la injusta distribución de los bienes de las posibilidades en la vida (nadie deja su país así como así), que lleva a la falta de perspectivas vitales. Hay una relación estrecha entre las bandas de jóvenes violentos que están floreciendo con el paro, la droga, el hacinamiento...

Insistimos en hacer estas afirmaciones con mucho cuidado, sin pretender ser dogmáticos, pues hay muchos elementos a considerar que no hemos tocado porque se nos escapan. Surgen al analizar los episodios de los jóvenes japoneses que se conocieron por Internet y se encontraron para suicidarse, o los jóvenes británicos radicales de clase media que provocaron los atentados en el metro y el autobús en Londres el verano del 2005. En ambos casos probablemente hayan sufrido pocas injusticias en su vida y hayan gozado de muchas posibilidades para darle sentido y, sin embargo, actuaron de modo violento. Sirva lo dicho hasta aquí para indicar que la realidad de la justicia, la solidaridad y la paz es compleja, y no para crear un debate polémico sin solución, puesto que si la solución fuera tan fácil ya se habría encontrado. Además de eso, hay situaciones que a la hora de aplicar los principios del evangelio y su justicia provocan vértigo: temas de biogenética, la deuda externa, el comercio mundial, las relaciones internacionales, la distribución de recursos, etc.

Por otro lado, muchas personas e instituciones han dado ya el paso de las palabras y de los labios al corazón y han comenzado a moverse para vivir de modo más consciente el valor de la solidaridad. Seguro que, en un instante, te vienen a la cabeza una docena de ellas y eres capaz de identificar los diversos rostros en los que la justicia y la solidaridad se están encarnando. Distingue los modos de hacerlo:

- En algunos procesos, la solidaridad puede ser fruto de un hábito interior o de una historia personal -mi madre o mi padre me

enseñaron-. No se hacen grandes reflexiones evangélicas y es solamente una respuesta ante la presencia del sufrimiento del otro, del compañero que sufre la injusticia en determinadas circunstancias.

- Para otros, la manera de actuar solidariamente puede ser fruto de una indignación ética frente a un desastre natural -terremoto, tsunami, huracán- o provocado por el egoísmo del hombre -atentado, guerra, violación de los derechos humanos, episodio de violencia doméstica-. Tampoco nace del conocimiento de una encíclica papal sino solamente del compromiso solidario más o menos constante y supera toda división creyentes-no creyentes.
- Por último, a lo mejor la vena por la justicia y la solidaridad surge como un compromiso permanente, fruto de la lectura meditada de la Palabra de Dios. Alguien que se siente orientado por palabras como estas: *"Hoy pongo ante ti la vida con el bien, la muerte con el mal... Escoge la vida para que vivas, tu y tu descendencia"* (Dt 30, 15-19).

En cualquier caso la justicia en forma de solidaridad es algo más profundo que el sentimiento típico que, como dice el anuncio vuelve a casa por Navidad. Parece que en Navidad renacen los sentimientos solidarios para llenar de juguetes a los niños de no sé qué colegio, para ir a dar la paliza a no sé qué ancianos o enfermos de un determinado hospital, cantándoles los villancicos de rigor, y a los que no se vuelve a visitar hasta el año siguiente en el mejor de los casos. (Aunque en determinados ambientes haya que hacerlo y sirva como despertador de una actitud continuada)

Terminamos este punto constatando cómo el trigo crece junto a la cizaña en el Reino de Dios. Agustín dirá que la ciudad del diablo se desarrolla junto a la ciudad de Dios. A saber: el mundo sufre la injusticia del terrorismo internacional, la corrupción, la deuda externa, el aumento de la distancia entre los ricos y los pobres, el azote del sida y la falta de medicamentos baratos para combatirlo... Pero sabemos que, al mismo tiempo, nada más abrir los periódicos vemos el aumento espectacular de las ONGs y de personas preocupadas por mejorar el bienestar de los otros, tenemos posibilidades para acabar con la injusticia (somos la primera generación de la historia de la humanidad que si quisiéramos podríamos acabar con el hambre en el mundo), conocemos de modo casi instantáneo las necesidades existentes en prácticamente cualquier lugar en el mundo para poder acudir en su ayuda... y lo que es más importante, muchas de esas iniciativas están muy próximas y podemos participar en ellas.

Para el diálogo

- Sin ánimo de crear polémicas político-sociales, comenta cuál es el problema que tu consideras más importante en la actualidad y cuál la iniciativa que crees es la más adecuada.
- Intenta recordar a que personas y de qué países debes dar las gracias antes de salir de casa por la mañana, por lo que nos benefician en nuestra vida con los productos e invenciones, que usamos: la ropa y el calzado que vestimos, lo que

comemos y bebemos en el desayuno, los aparatos que utilizamos al hacer la higiene matinal ...

¿Qué entendemos por justicia?

Clásicamente a la justicia se le representa como una mujer (representa una de las cuatro virtudes) con los ojos vendados y una balanza en la mano tratando de ser lo más equitativa posible manteniendo el fiel de la balanza en el centro. Responde a una concepción que entiende la justicia como la virtud que consiste en dar a cada uno, a Dios y al hombre, lo que le es debido, lo que le corresponde, o lo que es suyo. En palabras de Agustín: *"es aquella virtud por la cual damos a cada uno lo suyo, sin deber nada a nadie y amando a todos"* (Comentario al Salmo 83, 11)

Dependiendo de las relaciones que regule y analice habría tres tipos de justicia:

- *distributiva*, que regula lo que la sociedad debe al ciudadano en proporción a sus contribuciones y necesidades (asistencia médica, seguro de desempleo, educación obligatoria...);
- *legal*, que se refiere a lo que el ciudadano debe equitativamente a la comunidad (impuestos, tasas, respeto a los otros...) y
- *conmutativa*, que regula los intercambios entre las personas en el respeto de los bienes de cada uno (precio justo, contratos de compra-venta...) (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 2411).

Esta idea de la justicia no se podría sostener si no se creyera antes que todos los seres humanos son iguales (igualdad), que hay que respetar su dignidad, que son sujetos de los derechos humanos (y también de deberes). La justicia está hecha para las personas (alteridad), que son los sujetos de ella, y entre los que hay que distribuir todos los bienes de este mundo. Se la considera algo absoluto a lo que no se puede renunciar a ella. Aunque las formas de realización de la justicia, cómo ser justos buscando el bien común, sean relativas y se puedan cambiar y evolucionen a lo largo de la historia.

Hoy se da más importancia a la justicia social, buscando el bien común de la sociedad. Se acentúa, más que lo individual y subjetivo, todo aquello que dice respecto a temas sociales, políticos y económicos y a la dimensión estructural de los problemas y de sus soluciones. Porque a pesar de que se habla mucho y bien del valor de la persona y de sus derechos y de su dignidad, a pesar de la proclamación de propósitos de personas e instituciones, está seriamente amenazada. En efecto, parece como si la concepción de la justicia entendida de modo contractual e individualista hubiera fracasado estrepitosamente, como que no haya sido suficiente entender la justicia de este modo para organizar el orden mundial. Se tiene la impresión que en la complicada realidad actual, mientras la diosa justicia tenía los ojos vendados para ser imparcial en su juicio, le hubieran birlado la cartera. O lo que es lo mismo, hubieran inclinado la balanza hacia uno de los lados de modo escandaloso y fraudulento. Por supuesto, del lado de los más favorecidos.

Otra de las características de esta virtud es la de ser crítica e interrogativa. Para ser justos hay que quitar a la justicia su venda de los ojos para que pueda evitar las desigualdades y la mala distribución de los bienes de esta tierra.

O quizás puede ser que la justicia, por sí sola, no sea suficiente para arreglar este mundo...

Veamos la Palabra del Dios Justo...

En principio, la justicia es algo humano, una categoría secular. Pero para los cristianos se desarrolla dentro de un ámbito especial que tiene impronta religiosa. Yendo a lo esencial y sin dar mayores rodeos, si algo queda claro en la revelación del Antiguo Testamento es que Dios es justo. Se reconoce a Dios como el Justo por sus intervenciones en favor de su pueblo y se manifiesta por su solidaridad con el hombre. Dios es el Dios de la Justicia y del Derecho, más todavía, de la misericordia y del amor. La concepción de la justicia en el mundo de los profetas, de los sabios y de los sacerdotes de Israel está vinculada con la idea de la misericordia. Dios es el justo y misericordioso.

En segundo lugar las concepciones de la justicia y de la paz están estrechamente relacionadas. El salmo 85 lo dice gráficamente: "*La justicia y paz se abrazan*" (Salmo 85, 11), y también el profeta Isaías: "*el producto de la justicia será la paz*" (Is 32, 17) idea recogida posteriormente por Santiago (Sant 3, 18).

Pasando del Antiguo al Nuevo Testamento, vemos que no podemos sino constatar que Cristo es justo, es el Justo. En Jesús se revela la justicia de Dios (Rm 1, 17) y se ha revelado a todos (Rm 3, 22). Cristo se hizo solidario con el género humano encarnándose en uno de ellos y llegando hasta la muerte en cruz (Flp 2, 8).

El mensaje de Jesús, su Buena Noticia, está fundamentado en la justicia como aparece en el Sermón de la Montaña: "*Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia porque ellos serán saciados*" (Mt 5, 6). Asimismo Jesús aparece en el Evangelio haciendo causa común con los pobres, tiene predilección por la gente humilde y marginada, muestra un interés apasionado por los que están en apuros y una solidaridad vital con aquellos que viven vidas fracasadas. Seguirle a Él, ser su discípulo, supone complicarse la vida del mismo modo que él se complicó hasta morir por todos.

En el Nuevo Testamento hay una continuidad y profundización de la justicia de Dios con relación al Antiguo. De igual manera que los profetas proclamaron la justicia y el derecho de Dios, especialmente hacia los más pobres y necesitados, simbolizados en aquella expresión tan conocida "*los huérfanos y las viudas*", así también, Jesús de Nazaret se aproximó a los extranjeros, a los leprosos, a los desheredados de su sociedad para anunciarles el mensaje de salvación y de justicia divinas. Y lo hace de un modo completamente desconcertante. La justicia que predica Jesucristo está basada en un concepto de la igualdad diferente. Basta leer la parábola del dueño de la viña que paga a todos lo mismo, sin tener en cuenta que unos han soportado el peso del día y otros se han incorporado al atardecer de la jornada (Mt 20, 1-16). De la existencia de la justicia depende la realización

del Reino de Dios en la historia. Eso es lo más importante: "*Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura*" (Mt 6, 33).

Para el diálogo

- Intenta imaginar que ocurriría si Jesús de Nazaret apareciese en medio de nosotros hoy para predicar de nuevo su mensaje de salvación. ¿Crees que cambiaría lo esencial de su mensaje?
- ¿Sigue siendo válido su Evangelio de la vida y de la bienaventuranza a pesar de los siglos pasados y los cambios de los tiempos?
- ¿Qué tipo de justicia está a la base de ese comportamiento que se salta los principios de igualdad y de equidad?
- ¿Habría algún tipo de sistema económico que pudiera funcionar de ese modo?

El compromiso por la justicia

Jesús dejó a sus Apóstoles la misión de predicar el evangelio y continuar construyendo el Reino de Dios, la Ciudad de Dios. Los cristianos han heredado esa tarea y el que la acepta sabe que lo hace complicando su vida, aunque no esté de moda en la actual sociedad postmoderna. En un mundo donde, con frecuencia escucha: "*yo no quiero saber nada de eso*", no resulta fácil vivir el Evangelio en todas sus dimensiones y comprometerse en la tarea de la justicia.

El seguidor de Cristo no puede olvidar ser justo, porque la enseñanza de la justicia brota del Evangelio y debe ser proclamada para que sea auténtico. La acción en favor de la justicia forma parte integrante del acto de evangelizar. En consonancia con la sensibilidad actual, la justicia es elemento constitutivo del programa de evangelización de la Iglesia. Tal vez sea el más significativo, pero no el único, pues la justicia no agota la misión de la Iglesia, pero no puede faltar. Es de obligado cumplimiento para el cristiano la lucha contra la *dentellada de la injusticia* (en palabras de Mounier); es una necesidad el compromiso de todos los cristianos por la justicia y la paz, los deseos de eliminar cualquier actitud de violencia, sea directa, estructural, cultural o de cualquier otro tipo. Porque la fe que no edifica el Reino, que no hace de la sociedad un lugar más habitable y más humano, al ser más divino, no es auténtica fe cristiana.

O sea, la justicia es prioritaria en el testimonio cristiano. Así lo entendieron los padres conciliares cuando propusieron para la actividad social "*realizar la obra de la justicia, bajo la inspiración de la caridad*" (*Gaudium et Spes*, 72) y después de cuarenta años sigue teniendo validez. Los Papas posteriores, tanto Pablo VI como Juan Pablo II, lo han reiterado en sus documentos *Evangelii Nuntiandi* y *Redemptoris Missio* siendo conscientes que el testimonio más sensible de la evangelización lo realizan aquellos que viven de modo particular la justicia en el ámbito personal o institucional. El testimonio de la justicia es misión tanto de la iglesia jerárquica como de todo el pueblo cristiano, puesto que el signo distintivo de los cristianos, siguiendo las enseñanzas de Cristo, debe ser el amor a los pobres, a los débiles y a los que sufren.

Las palabras de Agustín nos pueden iluminar: "*Cristo es a la vez rico y pobre: en cuanto Dios, rico; en cuanto hombre, pobre. Ciertamente, ese Hombre*

subió ya rico al cielo, donde se halla sentado a la diestra del Padre, mas aquí, entre nosotros, todavía padece hambre, sed y desnudez. Aquí es pobre y está entre los pobres" (Sermón 123, 4) Y L. Diumenge lo dice de una manera esclarecedora y que no admite dudas: *"La justicia es la forma que adopta el amor en un mundo de opresión y pecado"*. Vivir conforme la justicia es un gran Desafío para todos los que quieren vivir según el estilo de vida de Jesús, Desafío que se puede desmenuzar en ocho pequeños desafíos ayudados por Juan Pablo II en un discurso al Cuerpo Diplomático en el año 2001. La lucha (no es la palabra más apropiada cuando hablamos también de conseguir la paz) por la justicia se plasma en:

- la defensa del carácter sagrado de la vida humana;
- promoción de la familia;
- eliminación de la pobreza mediante esfuerzos constantes a favor del desarrollo, de la reducción de la deuda y de la apertura del comercio internacional;
- respeto de los derechos humanos en todas las situaciones;
- el desarme, la reducción de las ventas de armas a los países pobres y la consolidación de la paz;
- la lucha contra las grandes enfermedades y el acceso de los menos pudientes a las curas y a los medicamentos básicos;
- la salvaguardia del entorno natural;
- la aplicación rigurosa del derecho y de las convenciones internacionales.

De la justicia de cada persona nace la paz para todos los seres humanos, para todo el hombre y para todos los hombres. La justicia y la paz tienden al bien de cada uno y de todos los seres humanos. La relación entre ambas es estrecha y dinámica, de modo que cuando se ofende la justicia se pone en peligro la paz.

Cuando las situaciones ya se han degradado tanto que se ha llegado a actitudes de violencia, recuperar la paz, exigirá vivir desde el conocimiento y el perdón de los errores y las injusticias cometidas.

Ora bien, la justicia no viene por ciencia infusa, hay que educarse en ella, forma parte de las metas de nuestra educación.

La justicia no basta: abramos paso a la solidaridad

Ya se ha sugerido que a lo mejor la justicia "pura y dura", entendida como el dar a cada uno lo suyo no sea suficiente. A la situación real mundo nos remitimos, para constatar que es cierto que muchas situaciones han mejorado, pero en general no se consigue acompañar el crecimiento demográfico y el número de pobres sigue creciendo con las consecuencias que eso puede tener y que repercuten en la existencia pacífica en todos los países del mundo.

Jesús de Nazaret no estaba pensado precisamente en estas situaciones generadas por estructuras injustas, pero ya dejó claro que para el Reino de Dios no sirve cualquier justicia. Para él y, por lo tanto, para los cristianos no es suficiente la justicia de los escribas y fariseos. La justicia del seguidor de Cristo ha de ser mejor que la de ellos para entrar en el Reino de los Cielos (Mt 5, 20).

La justicia que no sirve para el Reino está dentro de la lógica de la equivalencia, lo que se le debe a cada uno y entra en la dinámica de los mínimos. Cuando se habla de salario justo en la práctica se está hablando del salario mínimo para tener unas dignas condiciones de vida; cuando se habla de comercio justo en realidad se está hablando de una compra-venta pagando el precio mínimo para que un producto sea rentable para el productor que se ha empeñado en cultivarlo o fabricarlo, pero no para pagar más de lo que vale.

Dando un salto de la justicia a la solidaridad, uno se encuentra que la solidaridad no entra dentro de la lógica de la igualdad, sino en la lógica de la gratuidad, de la sobreabundancia, del don. El que es solidario puede comprar, por ejemplo, postales de Navidad más baratas (a un precio justo de mercado) y sin embargo prefiere pagarlas más caro, perdiendo, mejor dicho invirtiendo su dinero (que podría aprovechar en compra otra cosa) en favorecer una asociación, una institución o una persona que lo necesita. El que es solidario dedica su tiempo a ayudar a los otros en vez de estar haciendo algo en beneficio propio, aunque fuera descansar o ir al cine. No está justa o legalmente obligado, pero lo hace porque le da la gana, dentro de un esquema de vida que funciona desde el don y la gratuidad, sabiendo que no recibe nada económico a cambio, incluso lo puede perder, aunque interiormente pueda estar mucho más satisfecho y realizado. Son lógicas distintas y modos de pensar y estilos de vida diferentes.

Nos podemos imaginar que Jesús no pensaba en todo esto cuando anunciaba el Reino de su Padre. Entre otras causas, porque no existía en su tiempo la palabra solidaridad (ha surgido modernamente y experimentado cambios profundos en su uso lingüístico), los esquemas mentales y de funcionamiento social eran otros, etc. Pero eso no quita para que enunciase un principio de vida solidaria (la Regla de Oro): "*Lo que queráis que os hagan los hombres, hacedlo vosotros igualmente*" (Lc 6, 27-31).

No se puede olvidar que la solidaridad tiene, además de esta oferta de gratuidad a la que acabamos de referirnos, una dimensión de denuncia. La solidaridad por sí misma denuncia a los insolidarios. No es necesario hacer una imputación como hace el profeta Amós que, de modo muy bruto, insulta a las injustas damas de la alta sociedad de su tiempo llamándolas "*Vacas de Basán*" (Am 4, 1). Eso es una forma inaceptable que restaría fuerza a la solidaridad auténtica, que de por sí es incómoda, y que sería también injusta para muchísimas personas de posibles que están siendo realmente solidarios.

Pues bien, esta solidaridad que es sobre todo anuncio, noticia de felicidad para el que ayuda y para el que es ayudado, es vía privilegiada de la paz y para el desarrollo. La paz es fruto de la solidaridad (Juan Pablo II, *Sollicitudo Rei Socialis*, 39).

Tiene que quedar claro que la solidaridad para los cristianos no es solamente un sentimiento personal que se puede tener o no, fruto de un (llamémoslo así) "*capricho solidario*", para vivir mejor el evangelio y tranquilizar la conciencia. Tampoco nace del impulso juvenil de transformar críticamente la sociedad en la que se vive. No, no es solamente eso. La solidaridad es exigencia esencial de la fe cristiana. Tiene una raíz mucho más profunda y más, valga la redundancia, enraizada. Ante todo, en la

solidaridad que Dios tuvo con el género humano al no abandonarlo al poder del pecado y de la muerte, y en la solidaridad de Cristo que se avino a ser uno de nosotros y, aparte de privilegiar en su mensaje a los más desfavorecidos, murió en la cruz del modo más miserable y horroroso que había en el Imperio romano. O sea, o el discípulo de Jesús de Nazaret es solidario y responde así a la gratuidad de Dios (cada uno conforme sus posibilidades, sus fuerzas y la vocación que Dios le dé) o mejor que se llame de otra manera, porque el nombre de cristiano le vendría grande.

La mística del ciudadano solidario

Un pequeño inciso para indicar algún riesgo existente.

Hace algunos años, quizás veinte o treinta, con posterioridad al Concilio Vaticano II y de modo paralelo a una lectura latinoamericana del concilio (Medellín y Puebla), hubo como una desbandada general hacia los temas sociales, hacia la búsqueda de la justicia y la solidaridad. En Francia estaban las revueltas del 68, en España eran tiempos de fin de Régimen, en Latinoamérica florecían las Comunidades Eclesiales de Base, etc. Hubo gente estupenda que se embarcó en un cristianismo muy comprometido y realmente tuvieron logros fenomenales, dando como resultado una vitalidad eclesial excepcional. Pero hay que reconocer que muchas personas se quedaron en el camino. Muchos sacerdotes, religiosos y religiosas, abandonaron su vocación y se secularizaron; muchos laicos se 'quemaron' y desaparecieron de la Iglesia dejando los compromisos que habían asumido, o se quedaron, pero heridos en sus convicciones de tal forma que no se han recuperado en su totalidad.

En este pequeño espacio no podemos analizar con mayor profundidad este proceso que en parte se debe a la evolución de las personas y de la sociedad en general. Pero entre las causas que algunos apuntan parece estar que se insistió mucho en un cristianismo comprometido, pero excesivamente horizontal y volcado hacia lo social. Se olvidaron de fundamentar espiritualmente el compromiso y el trabajo solidario a favor de los más desfavorecidos. No se dieron cuenta, que el mismo Moisés, que fue instrumento de Dios para liberar al pueblo de Israel y luchar contra la esclavitud del faraón y de los egipcios, fue un hombre con una profunda experiencia de Dios, un hombre que se encontraba con Dios en la Tienda antes de hablar al Pueblo.

Gracias a Dios, las reflexiones de los estudiosos en los últimos tiempos han querido enfocar mejor la realidad de la solidaridad y solucionar este error. Han descubierto que la interioridad y la oración ayudan a percibir mejor lo que significa la justicia porque profundizan el misterio de la persona humana y aprenden a conocer al otro después de conocerse a sí mismos. Esto no es fruto de una moda pasajera al inicio del nuevo milenio o síntoma de un proceso de involución que se está experimentando. No, Señor. ¡Es Evangelio puro! ¿Acaso no estuvo Cristo orando antes de entregarse hasta el fin? Hay que volver a unir la experiencia de Dios con el compromiso con el hermano, el amor a Dios y el amor al prójimo.

Podemos recordar un episodio que contaba un compañero nuestro muy comprometido socialmente. Al saber que uno de los

grandes profetas de la Iglesia brasileña iba a dar unos ejercicios espirituales no lo dudó y se apuntó a la tanda. Cuando llegó junto con otros sacerdotes a los ejercicios, su sorpresa fue mayúscula y le provocó incluso algo de decepción. Pensaba a lo mejor que aquel pequeño obispo les iba a incendiar el corazón en su compromiso a favor de los indios, en su dedicación a los movimientos de reivindicación social; que les iba a arengar a luchar y a manifestarse en las huelgas contra el desempleo o contra quien sabe qué; y lo que aquel predicador y hombre de Dios les dijo es que hiciesen oración, que tuviesen diez minutos de lectura espiritual, etc. ¡Él que era uno de los mentores de la teología de la libertação!

Desde la espiritualidad agustiniana se puede vivir esta dimensión mística de modo privilegiado, ya que Agustín invita a todos a sentirse "mendigos de Dios". Cuando oramos todos somos mendigos y necesitados de Dios.

Para el diálogo

- ¿Cuál de los desafíos que plantea el Papa te parece más importante y prioritario?
- ¿En tu realidad social del barrio, de tu ciudad, de tu colegio...? ¿Qué falta por hacer? ¿Qué se puede hacer?
- Ser solidarios, porque Cristo antes fue solidario con el hombre. ¿Cómo es posible ir haciendo crecer esta intuición en el ambiente, religioso o no, en que te mueves?

Para ser solidario hay que ser utópico

A la hora de vivir su vida de fe basada en la justicia y la solidaridad, caminos precisos para conseguir la paz, los cristianos cuentan con la gracia, la fuerza y la luz de Dios que los ilumina. Pero también son conscientes que sus empeños en conseguir las dependen de sus propias fuerzas que son limitadas. Los límites humanos presentes alimentan las dudas y pesimismo a respecto del futuro. Una muestra: en el año 2002 en la cumbre de la FAO se planteó, en un documento que firmaron 183 países, la posibilidad de reducir el hambre del mundo a la mitad antes del año 2015; apenas han pasado tres años y ya han dicho que ese objetivo es imposible y que no lo van a conseguir. Este ejemplo es uno de tantos de los que se podría hablar y es importante por afectar a organismos del máximo nivel mundial. Muestra lo que es evidente: que los documentos sólo son documentos y aceptan todo lo que se escriba y firme, pero son los presupuestos de los países e instituciones los que indican la real voluntad política existente para terminar con el problema. Y ya se sabe que cuando las cuestiones llegan a los bolsillos... la solidaridad queda en segundo plano.

En general el estilo de vida de la postmodernidad está recorrido por una enfermedad estructural que genera insolidaridad y que afecta no sólo a organizaciones del calibre de la FAO o de la ONU, sino también, y esto parece más importante para nosotros por tocarnos más de cerca, al ciudadano de a pié, a mi vecino, a mi familia, tal vez a mí mismo. Son tiempos de incertidumbre y de inestabilidad, y precisamente en ellos se

requiere una gran fuerza interior para conservar una visión lúcida del futuro, en la que tienen que tener espacio la justicia y la solidaridad. Los cristianos pueden aportar a estos tiempos una propuesta de conversión a la justicia solidaria sabiendo que no se conseguirá nunca en su plenitud y que la dimensión utópica de su propuesta les mantiene en tensión constante.

Una canción latinoamericana (no he conseguido acordarme del autor) nos ayuda a comprenderlo. Dice así:

Yo creo que hay un Dios y le pregunto:

- ¿Por qué los niños se quedan sin pan?

Y siento que hay un Dios que me responde:

- Te di las manos, y tus manos, ¿dónde están?

Y pregunto si hay amor entre los hombres
que luchan por su propia destrucción,
y Dios, mirando triste, me responde:

a las armas no les puse corazón.

Y le pregunto: - por qué existen jueces que engañan
se venden y compran conciencias.

Dios me responde que aquel que se vende
es menos culpable que su comprador.

*Y le pregunto: - por qué la justicia se vende
o se pisa en algún tribunal.*

*Dios me responde que nunca ha escapado
ningún magistrado del Juicio Final.*

*Y le pregunto: - por qué hay diferencias
si nuestra conciencia debe ser igual.*

*Dios me responde que Él solo puso
diferencias entre el bien y el mal.*

Y cuando no me quedan más preguntas
porque Dios siempre tenía razón...

le pido que nos mande un nuevo hijo,
que un nuevo Cristo sería la salvación.

Y Dios, por primera vez no me responde,
y siento que murmura sin querer:

-Tal vez un nuevo hijo, no llegue al crucifijo
tal vez lo maten antes de nacer.

Y le pregunto: - por qué existen seres
que engañan, se venden, y fingen amor.

Dios me responde que aquel que se vende
es menos culpable que su comprador....

Hacer una propuesta, como es ésta de la justicia solidaria, vivir conforme un principio de vida solidaria en un mundo pluralista no significa en primer lugar hacer una oferta única y exclusiva. Es una propuesta más muy válida, óptima diríamos, pero que es una más. Los musulmanes y los judíos, por nombrar a dos religiones responsables en sus facciones más extremistas de parte de la inestabilidad y violencia en Oriente Próximo,

deberán hacer la suya y nadie puede substituirles en su tarea. La tienen que hacer ellos.

La humildad de darse cuenta que no estamos solos en este mundo hay que aplicarla para, en segundo lugar, reconocer nuestra (mi) connivencia con los males del mundo. Cuando me compro unas zapatillas o unos pantalones... de una marca determinada X, debo saber que está sirviendo para pagar el mísero salario a un adolescente en un país remoto que ivaya usted a saber en qué condiciones trabaja! (No vale decir, gracias a Dios que tiene trabajo, que hay mucha gente que no lo tiene, porque respuestas así no resuelven los serios problemas que están ahí debajo). En la parábola del final de los tiempos (Mt 25), se juzga a cada uno en particular y se separan las ovejas de los cabritos conforme lo que han hecho cada uno de ellos. Y cada uno tiene su parte en su comportamiento, siendo que los que viven en el Norte tienen más de Epulón que de Lázaro (Lc 16, 19-31).

Por último, la oferta cristiana es una oferta a largo plazo, es una oferta utópica, con muchas posibilidades. Siempre se ha acusado a la jerarquía de la Iglesia que cuando habla normalmente hace análisis muy precisos de las cuestiones, y que dice lo que hay que hacer, pero que no ofrece soluciones concretas. Cierto, pero ¿acaso no debe ser así? Quien sabe cómo se presta el dinero y qué posibilidades hay de usarlo y hacerlo producir, son los bancos. Quien sabe cuáles son las infraestructuras más valiosas y en las que vale la pena invertir porque darán mejor resultado en el futuro, son los ingenieros. Quien tiene las mejores condiciones de saber qué medicamentos son más baratos y efectivos para evitar epidemias y sanar enfermedades son las empresas químicas y farmacéuticas. Quien sabe educar y hacer que los recursos educativos utilizados produzcan mejores beneficios sociales en el futuro, son los profesionales de la educación y los técnicos pedagógicos. A estos profesionales junto con los políticos, entre los que deben estar los cristianos, les cabe la obligación de ser creativos a la hora de ofrecer los caminos convenientes para favorecer estructuras justas y solidarias. Posibilidades evangélicas hay muchas y libertad para ponerlas en práctica también, sabiendo de antemano que siempre habrá que estar construyendo: *"Aguardamos un cielo nuevo y una tierra nueva en los que habite la justicia"* (2 Ped 3, 13).

El cristiano se apoya en la dimensión utópica de su fe, pero eso no le exime de hacer propuestas concretas de cara a la realidad en la que se encuentra. La dimensión utópica de la fe ni inmuniza ni idealiza la realidad haciéndola angelical. Muestra de ello es que el Papa Benedicto XVI se ha permitido solicitar, haciéndose eco de frecuentes voces, la reforma de las Naciones Unidas para adecuarse a los nuevos desafíos que la justicia y la solidaridad plantean hoy:

"La Iglesia católica, a la vez que confirma su confianza en la Organización de las Naciones Unidas, desea su renovación institucional y operativa que la haga capaz de responder a las nuevas exigencias de la época actual, caracterizada por el fenómeno difuso de la globalización. La ONU ha de llegar a ser un instrumento cada vez más eficiente para promover en el mundo los valores de la justicia, de la

solidaridad y de la paz". (Benedicto XVI, *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz*, 1 de enero de 2006)

¿Estás dispuesto?

Juan Pablo II desafiaba a toda la Iglesia al despedir el milenio anterior y recibir éste en el que ya nos encontramos diciendo "*es la hora de una nueva imaginación de la caridad*" (*Novo Millennio Ineunte*, 50). Algo que ya había hecho Jesús de Nazaret provocando a sus interlocutores después de haberles explicado quien es realmente el buen samaritano que ayuda a los demás sin importarle sus ideas y situación religiosa "*Vete y haz tú lo mismo*" (Lc 10, 25-37).

Se trata de que hay que empezar a caminar y para caminar habrá que modificar las formas de vida, eliminando aquellas actitudes injustas e insolidarias que no dicen de los cristianos y que van dejando víctimas en los andenes de la vida. Ya se ha dicho que la solidaridad no es solamente un sentimiento superficial ante los males de las personas, sino que es una *determinación firme y perseverante*. No es suficiente contemplar la realidad, por ejemplo cuando aparecen los niños pobres en las imágenes terribles que suelen dar en los telediarios, para surgir la urgencia de una colaboración activa. La mayoría de las veces ese impulso inicial, que puede servir como estímulo y comienzo, se apaga al poco tiempo y a la larga puede producir los efectos contrarios: la esterilización e inmunización ante posteriores posibilidades.

Esa determinación firme y constante de la justicia y de la solidaridad debe poner a trabajar por el bien común, sabiendo del destino universal de los bienes creados, y de la igualdad esencial entre los hombres y los pueblos a los que están destinados los bienes. Por medio de esa valentía se supera el individualismo rampante que le hace a cada uno ir a lo suyo y no preocuparse con los otros creando una contracultura de la solidaridad. Vivir en solidaridad teniéndola como estilo de vida, como principio vital.

En dicha contracultura tienen parte las grandes instituciones nacionales e internacionales, pero también las personas individualmente, que son las que forman las instituciones y las hacen funcionar. Actuando cada uno en su lugar y conforme la responsabilidad del estado personal o situación en la que se encuentra; que cada uno haga su parte del trabajo (principio de subsidiariedad).

En cierta ocasión el Director del Banco Central de una de las naciones más poderosas del mundo, aunque esté en el Sur, iba a dar explicaciones al Congreso de su país sobre no sé qué operación o situación económica. Es un ciudadano de esos que gana un montón de dinero, educado en las mejores universidades del mundo, vistiendo un traje impecable de algunos miles de euros y con un reloj suizo en su muñeca. Al bajar del coche blindado y caro, *of course*, antes de entrar en el edificio, parece que se le acercó un menino de rua (un niño de la calle) a pedirle una limosna. El tal director, consciente de su papel histórico dirigiendo el banco, no le dio nada. Y al preguntarle alguien del séquito que lo acompañaba por qué no le había dado nada al crío,

respondió impasible: - No me toca a mí resolver los problemas sociales del país. Eso es tarea del ministro de asuntos sociales.

Es para criticar su actitud insensible, pero a lo mejor también nosotros hemos hecho algo semejante. Seguro que todos hemos tenido alguna experiencia de pasar junto a un hombre o mujer tirados en la calle, que podrían estar bebidos, o haberles dado un infarto, o estar muertos, a los que nadie hace caso e ignoran profundamente, y no nos hemos parado a preguntar si está bien o si necesita alguna atención. Los más sensibles a lo mejor llaman al 112 para informar y que sean los servicios sociales los que tomen providencias.

Algunas posibilidades para la solidaridad, sabiendo que su aprendizaje es un proceso en el que uno se va iniciando y tiene delante gente aventajada:

a.- Como tarea personal de cada ciudadano.

Sea estudiante, ama de casa, profesional liberal o jubilado. *"El deber de justicia y caridad se cumple cada vez más contribuyendo cada uno al bien común según la propia capacidad y la necesidad ajena, promoviendo y ayudando a las instituciones, así públicas como privadas, que sirven para mejorar las condiciones de vida del hombre"* (G. et S. 30).

Una actitud personal radicalmente solidaria es la de no dar solamente de lo superfluo, de aquello que nos sobra, generalmente unido a actitudes asistencialistas. La pobreza voluntaria y la austeridad, un estilo de vida sencillo posibilita la solidaridad. En un porcentaje muy grande hemos reducido la caridad a dar limosna, ofreciendo de lo que sobra: el cambio de una compra, las monedas perdidas en el bolsillo, etc. Agustín nos orienta cuando dice que *"dar de lo superfluo es el prólogo de la caridad"* (Comentario a 1ª Juan 6, 1) y nos pide así una mayor implicación en la comunicación de los bienes. Hay que ir profundizando personalmente en una vida solidaria, que parece estar compuesta de la atracción por un estilo de vida sencillo, como condición para que pueda hacerse realidad la participación equitativa en los frutos de la creación de Dios. Sabiendo que quien vive en la miseria no puede esperar más, a partir de una vida más sencilla y con menos consumo de cosas superficiales, será posible compartir más justamente los bienes de la tierra.

"Si entra en acción la misericordia, ¿no da hospitalidad a los peregrinos, alimenta a los hambrientos, viste a los desnudos, ayuda a los necesitados, rescata a los cautivos, construye iglesias, restablece a los fatigados, calma a los amigos de pleitos, socorre a los naufragos, cura a los enfermos, repartiendo en la tierra riquezas temporales y escondiendo en el cielo las espirituales? ¿Quién hace esto? El misericordioso y el bueno. ¿Con qué lo hace? Con el oro y la plata" (San Agustín, Sermón 50, 7)

b.- Como empeño por globalizar la solidaridad.

El proceso de globalización es irreversible, no renunciamos a él, pero hay que humanizarlo pues, tal como se ha desarrollado hasta ahora,

profundiza todavía más las desigualdades sociales y crea mayores distancias entre ganadores y perdedores.

“El objetivo de la paz, tan deseada por todos, sólo se alcanzará con la realización de la justicia social e internacional, y además con la práctica de las virtudes que favorecen la convivencia y nos enseñan a vivir unidos, para construir juntos, dando y recibiendo, una sociedad nueva y un mundo mejor” (SRS 39)

Se puede globalizar la solidaridad de los cielos nuevos y la tierra nueva, tejiendo redes sociales solidarias, interrelacionadas. Ya hay grupos organizados que se dedican, en esta línea de trabajo, a buscar el cambio de las estructuras injustas. Es verdad que a veces son más conocidos por la violencia que les hace presentes en las cumbres y foros económicos mundiales. Quieren una globalización pero de modo distinto, y pensamos que puede ser una manera solidaria de contribuir a las mejoras convenientes, pero que deberán purificar la violencia generada por fanáticos o minorías exaltadas o profesionales del desorden. De nuevo repetimos que la violencia genera violencia: *“todos los que empuñen espada, a espada perecerán” (Mt 26, 52).*

c.- Creando un tejido social

Cada uno debe responder conforme sus posibilidades personales, su trabajo, su tiempo, su implicación evangélica... Una buena consigna es aquella que ya hemos oído mucho: *Actuar localmente y pensar globalmente*, aumentando el tejido social solidario que ya están tejiendo organizaciones (ONGs o no) presentes de un modo u otro en todas las realidades conocidas, e implicando al mayor número de gente posible: invitando a un vecino, a un colega de facultad, a un amigo del colegio a ser voluntario (pero no voluntario de fotografía), a un compañero de trabajo... La solidaridad pasa al plano de la responsabilidad política y en este campo hay que ir creando opinión para pasar del estado del bienestar al estado de solidaridad. La tarea de crear opinión y compromiso político, no tiene color, o sea, no es ni de derechas ni de izquierdas, porque los problemas sociales no tienen color político, están ahí pidiendo a gritos una solución. Viene al caso comentar la dureza con la que enjuicia Agustín enjuicia la injusta administración política romana: *“Si de los gobiernos quitamos la justicia, ¿en qué se convierten sino en bandas de ladrones a gran escala?” (La Ciudad de Dios, IV, 4)*

A un nivel más hondo y de una mayor responsabilidad económica se han colocado muchas empresas que han descubierto su responsabilidad social y están empezando a plantearse su presencia en la sociedad. No pierden su finalidad lucrativa, iesa es su labor!, pero no buscan beneficios de cualquier modo o a cualquier precio, sino desde una óptica menos caníbal y salvaje, más humana. Las posibilidades empresariales (tal vez de la empresa en la que trabajas tu) son variadas: subvenciones para favorecer proyectos sociales y el tercer sector, democratización de empresas, salario social, superación de la precariedad laboral, reparto del tiempo de trabajo, políticas contra la exclusión, apoyo de la economía social, políticas de justicia internacional...

Seguro que hay muchas más, y las que vendrán en el futuro. Sean todas bienvenidas. De cara a los pasos futuros en pro de la justicia y

solidaridad mundiales para los cristianos hay una serie de actitudes que son básicas en el compromiso de la construcción solidaria del Reino de Dios, como son el estar dispuestos al diálogo, partir de un análisis social iluminando la realidad desde la Escritura y las enseñanzas de la Iglesia. En la práctica para colaborar en una construcción social justa y solidaria hace falta el testimonio de la Iglesia, una educación para la justicia, la cooperación y colaboración ecuménica y con otras acciones internacionales. Mantener la unidad respetando la diversidad, cultivando las actitudes de la reconciliación y perdón donde se haya quebrado la convivencia...

Algunos hablan de que la Iglesia tiene que dar testimonio priorizando las formas de justicia que planteen preguntas e interroguen, como pueden ser la opción por los pobres y una vida ética coherente. Otros hablan de un apasionarse por Dios, por el hombre y por el mundo.

Y tú, ¿qué dices?

Para el diálogo

- ¿Cómo se puede manifestar la austeridad de vida de un modo significativo?
- ¿Qué formas de justicia que conoces plantean preguntas y cuestionan la realidad social? ¿Se te ocurren otras?
- El refrán popular reza: Haz el bien y no mires a quien. ¿Cómo responderías a aquellas personas que quitan importancia a ese refrán porque tienen la sensación de ser engañados por los pobres que piden y no acostumbran a ayudar o colaborar en nada?

Es tiempo privilegiado para continuar buscando la justicia que conduce a la paz.

Unas breves palabras de ánimo para terminar:

“Finalmente os digo a vosotros, jóvenes del mundo entero, que aspiráis espontáneamente a la justicia y a la paz: mantened siempre viva la tensión hacia estos ideales y tened la paciencia y la tenacidad de perseguirlos en las condiciones concretas en que vivís” (Juan Pablo II, *Mensaje en la Jornada Mundial de la Paz*, 1 de enero de 1998)

Sugerencias para la vida solidaria:

- Cuestiona tu forma de vida: austeridad, sencillez, consumo, diálogo, ecología...
- Amplia tus relaciones y establece contactos con algún grupo o comunidad solidario para conocer su pensamiento y compromiso, intercambiando puntos de vista...
- Inscríbete en algún organismo de solidaridad internacional.
- Participa de algún taller, encuentro o charlas sobre la solidaridad.
- Entra en alguna red electrónica, chat, foro, blog para ir conociendo más sobre el tema y enriqueciendo tu concepción vital.

- Discierne y replantea tu vida, desde la vocación y la misión que Dios te dio, respecto a tu profesión, tiempo de ocio, vacaciones, uso del dinero...
- Participa de algún grupo de comercio alternativo, compra en tiendas de comercio justo...
- Apoya la reforma de instituciones internacionales que deben evolucionar hacia la justicia más y mejor.
- Aproxímate de los inmigrantes que vivan cerca de ti, en tu barrio, en tu parroquia, participando en Cáritas, promoviendo su integración...
- Sé justo en tu trabajo, pagando el salario adecuado a quien tienes empleado (el mismo que en las mismas condiciones te gustaría que te pagasen a ti o a alguno de tu familia).

Para saber más

- L. GONZÁLEZ CARVAJAL SANTA BÁRBARA, *La justicia y la solidaridad*, en FAE, *Valores Agustinos pensando en la educación*, Madrid 1994, 137-146.
- J. SASTRE, *Repensar el voluntariado social. Desde la Doctrina Social de la Iglesia*, Madrid 2004.
- M VIDAL, *Para comprender la solidaridad: virtud y principio ético*, Estella 1996.
- SECRETARIADO DE "JUSTICIA Y PAZ", *Agustín, el "padre del activismo político cristiano"*, Roma 2004 (reimp.), 96 pp.